

862
L.R.

PQ6621

.I 4

03

v. 7



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

888

DOÑA DESDENES

Comedia en tres actos y en prosa, inspirada en una obra húngara, estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA el 30 de Enero de 1912.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PERSONAJES

ISABEL (DOÑA DESDENES)
PEPITA JIMÉNEZ
LA CONDESA DE SIETECASAS
JULIA DEL TIR
CRIADA 1.^a
IDEM 2.^a
IDEM 3.^a
SANTIAGO VALLE
PABLO
PÉREZ
FERNÁNDEZ
SEBASTIÁN
DON PRUDENCIO
RODRIGO
MATÍAS
GONZALO
EL CABO GARCÍA
UN SOLDADO que no habla

La acción en España. —Epoca actual.

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Una explanada con árboles. A la izquierda, el jardín y la casa de Isabel Deloria, en el campo. A derecha, un banco. La luna ilumina el foro, dejando en penumbra, al final del acto, los primeros términos.

ESCENA PRIMERA

PÉREZ *en escena*. FERNÁNDEZ, *saliendo de la casa*.

FERNÁNDEZ.—¡Pérez!

PÉREZ.—¿Qué hay, Fernández?

FERNÁNDEZ.—Otro talón para recoger más cosas del ferrocarril.

PÉREZ.—¿Han venido ya con las otras?

FERNÁNDEZ.—Aún no.

PÉREZ.—En cuanto lleguen, manda a buscar eso. ¿Qué es?

FERNÁNDEZ.—Vino. Jerez, Oporto y Champagne.

PÉREZ.—Bien; el Oporto que lo calienten, el

Champagne que lo hielen y el Jerez que lo dejen reposar nada más.

FERNÁNDEZ.—Bueno. ¿Qué te parece, Pérez?

PÉREZ.—Como a ti, Fernández: un derroche.

FERNÁNDEZ.—Así vivimos.

PÉREZ.—Y así bebemos.

FERNÁNDEZ.—Es la misma idea.

PÉREZ.—La misma. Quien dice vivir, dice beber; quien dice beber, dice dormir; y como la vida es sueño, según opinaba uno que hacia versos..., pues estamos conformes, Fernández.

FERNÁNDEZ.—Conformes, Pérez.

PÉREZ.—Y todo ese trajín, y ese almacén de provisiones, para que disfruten los caballeritos militares de esa columna volante que anda recorriendo los montes vecinos en persecución de la partida que se levantó hace días.

FERNÁNDEZ.—La guerra trae esto consigo y no debemos quejarnos de que se obsequie a quien nos defiende.

PÉREZ.—Claro que no.

FERNÁNDEZ.—Pero también es casualidad que vengan precisamente a detenerse aquí.

PÉREZ.—Con tu manera de discurrir no podrían pararse en ningún lado, porque dirían:

«Es casualidad que se detengan aquí y no en otra parte.»

FERNÁNDEZ.—No había caído en eso.

PÉREZ.—Pero aquí, además hay motivo: el teniente coronel que manda las fuerzas es uno de los que rondan a nuestra señorita, y el hombre se habrá dicho: «Pues de paso que voy con la volante, veré a la fija...»

FERNÁNDEZ.—¿Y tú crees que ella...?

PÉREZ.—Ni a ese ni a ninguno. Muy amable y muy fina; pero en cuanto tocan la tecla de los amoríos, se pone tan desdeñosa con todos, que por eso han dado en llamarla «Doña Desdenes».

FERNÁNDEZ.—Para no ir a nada serio, mira que se gasta una barbaridad.

PÉREZ.—Después de todo, la señorita lo paga; tiene gusto en pasar una noche con esos militares...

FERNÁNDEZ.—Y ellos también lo tendrán.

PÉREZ.—Son cosas recíprocas, Fernández.

FERNÁNDEZ.—Ya lo sé, Pérez.

PÉREZ.—¿Y a qué lo vamos a criticar? Y ten en cuenta que este poquito de jolgorio lo inició la señora de Jiménez, Pepita Jiménez, y la nuestra no hizo más que complacerla.

FERNÁNDEZ.—¿Y eso?...

PÉREZ.—Por lo visto, la doña Pepita se enteró de que con los húsares venía un húsar...

FERNÁNDEZ.—Vendrán varios.

PÉREZ.—Uno que le interesaba.

FERNÁNDEZ.—Yo era más generoso permitiendo que le interesaran varios.

PÉREZ.—Pues ella fué; que la señorita Isabel no es muy amiga de bromas. No he visto viuda más viuda que esta.

FERNÁNDEZ.—Y con el dinero suyo bien podía divertirse.

PÉREZ.—Van ya cuatro años, pero guarda mucho la memoria del difunto. Y eso que el difunto tenía muy mala memoria, porque a mí no me dejó nada, a pesar de sus ofrecimientos.

FERNÁNDEZ.—¿Y cómo se casaría una mujer tan guapa con aquel vejestorio?... Por...

(Señal de dinero.)

PÉREZ.—Eso no estorbó; pero hubo algo más. La señorita, cuando era más señorita que ahora, vamos, más soltera...

FERNÁNDEZ.—Ahora no lo es nada.

PÉREZ.—Bueno: entiéndeme, Fernández. Tenía amores con un teniente de húsares...

FERNÁNDEZ.—¿Otro húsar?... A las señoritas de aquí, veo que les gusta el arma.

PÉREZ.—Pero no sé qué pelotera tuvieron, que él pidió su traslado de guarnición, y ella, a los dos meses, estaba casada...

FERNÁNDEZ.—¿De rabiosa?

PÉREZ.—Es de suponer. Te digo, Fernández, que no se puede dejar dos meses a ninguna señora.

FERNÁNDEZ.—Menos mal que algunas enviudan.

PÉREZ.—Pero no se puede tener con todas esa esperanza. A mí se me casó una novia con un viejo rico, que dió palabra de morir en seguida. De esto van once años... Bueno, pues me está faltando a su palabra y no se muere.

FERNÁNDEZ.—¿También era militar?...

PÉREZ.—También. En donde aparecen se las llevan todas.

FERNÁNDEZ.—El uniforme, que es precioso.

PÉREZ.—Sí que lo es; pero les quitas el uniforme y son lo mismo que un paisano.

FERNÁNDEZ.—Eso es verdad, Pérez.

PÉREZ.—Por eso te lo digo, Fernández.

FERNÁNDEZ.—Ya están ahí los primeros.

ESCENA II

DICHOS: *el TENIENTE RODRIGO y el CABO GARCÍA por el foro.*

RODRIGO.—Paisanos... ¿La casa de la señora viuda de Deloria?

PÉREZ.—Esta es.

RODRIGO.—Gracias.

PÉREZ.—Vamos a avisar.

(Mutis por la casa, Fernández y Pérez.)

RODRIGO.—Cabo García, que echen pie a tierra los hombres. Aquí descansaremos. Y que vayan dos al camino para guiar al resto de la fuerza.

CABO.—Enterado. ¡A la orden!

(Mutis por el foro.)

ESCENA III

El TENIENTE RODRIGO: el CAPITÁN SANTIAGO VALLE, por el foro.

SANTIAGO.—Rodrigo...

RODRIGO.—*(Saludando militarmente, pero afectuoso.)*—¿Mi capitán?...

SANTIAGO.—¿Es aquí donde pernoctamos? Haga usted el favor de saludar a la señora de la casa en nombre del teniente coronel y de la oficialidad.

RODRIGO.—¿Usted no entra?

SANTIAGO.—No.

RODRIGO.—¿Luego, al baile?

SANTIAGO.—Tampoco: estoy de servicio.

RODRIGO.—La guardia es del capitán...

SANTIAGO.—Mía. He cambiado con él. Prefiere bailar y yo prefiero dormir después de la jornada.

RODRIGO.—A gusto de usted.

(Mutis Rodrigo, por la casa.)

ESCENA IV

SANTIAGO, el SARGENTO PABLO, por el foro. Santiago mira a la casa y luego, encogiéndose de hombros, vuelve la espalda.

SARGENTO.—Mi capitán...

(Más alto.)

¡Mi capitán!...

SANTIAGO.—(*Brusco.*)—¿Qué?

SARGENTO.—(¡Hay nublado: malo!)

(*Cuadrándose.*)

SANTIAGO.—¿Qué?

SARGENTO.—Al carro de las provisiones se le salió una rueda...

SANTIAGO.—Avisa al maestro carpintero, si hay maestro. Si no, que la aten con cuerdas, si hay cuerdas, o con demonios. Si no rueda el carro, mañana, en cuanto llegemos a Pamplona, tres días de calabozo, Sargento.

SARGENTO.—Rodará, mi capitán, rodará.

SANTIAGO.—Puedes largarte.

SARGENTO.—(*Tragando saliva.*)—Es...

SANTIAGO.—¿Qué es?

SARGENTO.—Pues que vienen cuatro caballos del escuadrón apeados del todo.

SANTIAGO.—Al profesor, que los cure.

SARGENTO.—*Eso* desde luego.

SANTIAGO.—Y que estén listos para mañana.

SARGENTO.—Se procurará; pero...

SANTIAGO.—Mañana tienen que andar esos caballos, y si no, ya le estás diciendo al veterinario que en cuanto llegemos a Pamplona le sople cinco días de arresto.

SARGENTO.—Se lo diré... ¡¡y andarán, mi capitán, andarán!!

SANTIAGO.—¡Largo!

SARGENTO.—Es que...

SANTIAGO.—¿Qué?... ¿Qué?... Sargento, Sargento... no me ponga usted frenético...

SARGENTO.—¿Soy yo el que le pongo frenético?

SANTIAGO.—Sí.

SARGENTO.—Bueno. (¡De quién pagaré yo las culpas, Dios mío!)

SANTIAGO.—(*Parándose en uno de sus paseos.*)—¿Qué hay? Acaba de una vez.

SARGENTO.—Hay dos números del primero enfermos.

SANTIAGO.—Que llamen al capellán.

SARGENTO.—No creo que sea tan grave.

SANTIAGO.—Pues al médico. ¡Mañana han de estar en pie esos hombres, y si no, en cuanto llegemos a Pamplona los arresto!

SARGENTO.—(*Cuando Santiago pasea, siempre cuadrado.*)—¡En cuanto llegemos a Pamplona ni Dios ve el sol! ¡Todo el mundo a las cochiqueras! ¡Maldita sea la suerte de nacer uno para militar y no para arzobispo o para monja o cualquier cosa de esas descansadas.

SANTIAGO.—¿Hay algo más?

SARGENTO.—No, señor.

SANTIAGO.—Largo. Y a prepararse para la noche.

(Aparece Pepita en la verja. El Sargento la saluda militarmente, muy risueño, y luego queda serio de pronto.)

ESCENA V

DICHOS y PEPITA, *en la verja.*

SANTIAGO.—¿No he dicho que largo?

SARGENTO.—Sí, señor.

SANTIAGO.—¿Es que hay algo más?

SARGENTO.—Hay...

SANTIAGO.—Otra...

SARGENTO.—Una. Una en la verja.

SANTIAGO.—Largo, Sargento.

SARGENTO.—A la orden.

(Saluda y mutis por el foro.)

ESCENA VI

PEPITA y SANTIAGO.

PEPITA.—*(Saliendo a escena.)*—Señor capitán don Santiago Valle, ¿no quiere usted ya conocer a las amigas?

SANTIAGO.—Pepita Jiménez. ¿Usted aquí?

PEPITA.—En el campo. A una hora de coche. Pero hoy nos reunimos algunas amigas, invitadas por la dueña de la casa, Isabel Deloria, vamos, la viuda de Deloria... ¿no la recuerda usted?

SANTIAGO.—Sí; perfectamente.

PEPITA.—Pues invitadas por ella, para festejarles a ustedes, que bien lo merecen los bravos defensores de la patria.

SANTIAGO.—Permitame usted que no acepte las alabanzas. Esto no es guerra ni nada que lo parezca. Unas partidas que se levantaron y que huyen dando gritos para justificar unas pesetas. Nada.

PEPITA.—Hace ocho días murieron no sé cuántos hombres.

SANTIAGO.—En una sorpresa. Y por eso nos mandan, a ver si podemos sentarles la mano;

pero no hay peligro, no se pondrán a nuestro alcance. No quieren guerra leal, sino traicionera; luchan como mujeres...

(*Disculpándose.*)

Vamos, como algunas mujeres.

PEPITA.—(*Señalando a la casa de Isabel.*)—
Veo que es usted rencoroso.

SANTIAGO.—¿Por eso?...

PEPITA.—¿Sigue la adoración por Isabel?

SANTIAGO.—No.

PEPITA.—¿El cariño?

SANTIAGO.—No.

PEPITA.—¿El interés?...

SANTIAGO.—No. Nada. La indiferencia.

PEPITA.—¿Y cómo es que aprovecha usted la ocasión para venir aquí?

SANTIAGO.—Está usted equivocada. Vengo porque me mandan venir.

PEPITA.—¿Pertenece usted a este regimiento?

SANTIAGO.—Hace ya cuatro meses.

PEPITA.—No lo sabía, ni creo que lo sepa Isabel.

SANTIAGO.—Es igual.

PEPITA.—Para ella, quizá no sea tanto. Un poco o un mucho de buena voluntad debe guar-

dar a lo pasado, cuando tan esquivada se muestra con lo presente. ¿Esto sí lo sabrá usted?

SANTIAGO.—No. Yo no me cuido de averiguar noticias tuyas.

PEPITA.—Viuda, rica y joven, no le sorprenderá a usted que tenga los pretendientes por centenares.

SANTIAGO.—No.

PEPITA.—Entre tantísimos, alguno habrá que merezca ser aceptado.

SANTIAGO.—Es posible.

PEPITA.—Y a todos los rechaza doña Desdenes... Luego es evidente que aguarda por alguno de los que no se presentaron todavía.

SANTIAGO.—Si con eso tiene usted la bondad de darme a entender que pudiera esperar por mí, sería una lástima, porque a mí, ni la Isabel de ayer ni la doña Desdenes de hoy me quitan un minuto de sueño.

PEPITA.—La verdad es que se portó mal con usted.

SANTIAGO.—No.

PEPITA.—Y usted no lo mereció... ¡Cuántas mujeres se considerarían muy dichosas encontrando un caballero como usted.

SANTIAGO.—Pocas.

PEPITA.—Muchas. Lo que pasa es que ustedes no se fijan en las que verdaderamente los aprecian.

SANTIAGO.—Quizás... Y su marido de usted, ¿qué tal sigue, Pepita?

PEPITA.—(Despechada.)—¿Por qué habla usted ahora de mi marido?

SANTIAGO.—Para enterarme de cómo sigue y subsanar la torpeza de no habérselo preguntado ya.

PEPITA.—Gracias por la atención. Sigue perfectamente. Tuvo un catarro por el invierno, pero ya se curó; esta primavera hizo un viaje a Madrid, pero ya ha vuelto; el domingo salió a cazar perdices, pero ya está en casa, sin perdices. Se levanta temprano, come con buen apetito, duerme la siesta y juega al tresillo; después lee un periódico y a las diez se retira. ¿Necesita usted saber algo más?

SANTIAGO.—No, señora.

PEPITA.—Le he visto a usted desde el jardín y creí natural saludarle; ya estoy arrepentida.

SANTIAGO.—En cambio yo estoy agradecido.

PEPITA.—¿De verdad?

SANTIAGO.—De verdad.

PEPITA.—¿Quiere usted darme la prueba?

Esta noche hay baile; sea usted mi pareja.

SANTIAGO.—Yo no bailo.

PEPITA.—Habla usted. ¿No habla usted?

SANTIAGO.—Estoy de guardia, y no entraré en esa casa.

PEPITA.—¿No entrará usted en esa casa?

SANTIAGO.—No.

PEPITA.—¿Es tan grande el odio?

SANTIAGO.—No, no.

PEPITA.—¿Y por qué no entra usted?

SANTIAGO.—Porque estoy de guardia. Ya lo he dicho.

PEPITA.—¿Nada más que por eso?

SANTIAGO.—Nada más, y es bastante.

PEPITA.—(Dudándolo.)—Sí...

ESCENA VII

DICHOS: RODRIGO, *de la casa.*

RODRIGO.—¡Pepita!... ¡La encantadora Pepita Jiménez!

PEPITA.—¡Hola, Rodrigo!

RODRIGO.—Y su marido de usted, ¿qué tal?

PEPITA.—Dígale cómo está, Santiago.

RODRIGO.—Supongamos que bien: me basta.

SANTIAGO.—¿Habló usted con la señora de la casa?

RODRIGO.—Entregué la tarjeta únicamente. Me dijeron que la señora estaba en su cuarto vistiéndose, y no quise entrar. Mejor dicho, no me dejaron entrar.

PEPITA.—Que no es lo mismo.

RODRIGO.—No.

SANTIAGO.—Voy a confiarle a usted una misión agradabilísima. En mi nombre, ¿quiere usted ser hoy el caballero de esta dama?

RODRIGO.—Encantado. Con usted voy yo al infierno.

PEPITA.—Ya irá usted solo.

RODRIGO.—Es probable.

PEPITA.—Y para acompañarme pudo usted haber pensado en sitio mejor.

RODRIGO.—No me dieron tiempo.

PEPITA.—Y como es el primero que se le ocurre a usted siempre, ¡a ese!

RODRIGO.—Si usted acepta, seré feliz con la interinidad esta que me proponen, y después que le haya hablado en nombre de mi capitán, me permitirá usted que la hable un poco en nombre mío..., porque yo también tengo mis cositas que decir...

PEPITA.—Me las figuro. Santiago renuncia a los placeres mundanos.

SANTIAGO.—Estoy de guardia.

RODRIGO.—Sí; la cambió con el capi...

SANTIAGO.—(*Severo.*)—¡Rodrigo!...

PEPITA.—¿Permutó usted con un compañero? Eso es no querer ir... Y no lo que usted me dijo antes.

SANTIAGO.—Perdón...

PEPITA.—¿Tiene usted miedo a las mujeres?

SANTIAGO.—Sí, señora. Ese fruto de amor, que suponen tan dulce, para mí fué muy agrio. No lo deseo más.

PEPITA.—(*Secamente.*)—Es un propósito discretísimo y se lo aplaudo. ¿Me da usted el brazo, Rodrigo?

RODRIGO.—Los dos.

SANTIAGO.—Y lo que es el cortejo de los amores, las palabras cariñosas, los besos furtivos, el brillar de los astros en una noche clara, todo eso, aún me repugna más...

PEPITA.—(*Que marchaba volviendo la cabeza y parándose, pero sin soltarse del brazo.*)—¿Fué en una noche clara, poética, cuando le desengañaron a usted?

SANTIAGO.—Quizás.

PEPITA.—¿Isabel?

SANTIAGO.—Quizás.

PEPITA.—Pues hoy, con toda su filosofía, si lo es..., y con todos sus desprecios, si lo son..., va usted a sentir muchas repugnancias, porque la noche se presenta espléndida, clara y brillante...

RODRIGO.—Créame usted a mí, Pepita. La noche se presenta divina.

PEPITA.—Bueno; pero haga usted el favor de no apretarme el brazo.

RODRIGO.—No hay intención...

PEPITA.—No, pero hay apretón... Y eso es lo que yo digo que no haya.

RODRIGO.—Muy bien.

PEPITA.—Adiós, Santiago.

SANTIAGO.—Adiós, señora.

(Mutis Pepita, por la casa. Rodrigo allí se despide.)

RODRIGO.—Hasta luego, ¿eh?

PEPITA.—Hasta luego, sí.

ESCENA VIII

SANTIAGO y RODRIGO.

RODRIGO.—¿De veras no le importa a usted Pepita Jiménez?

SANTIAGO.—No.

RODRIGO.—¿De veras?

SANTIAGO.—En absoluto.

RODRIGO.—Porque ahora, antes de que me importe algo, cedo muy gustoso al amigo y al compañero.

SANTIAGO.—Gracias.

RODRIGO.—Y después los hombres nos volvemos muy fieras...; ya no cedemos ante nada.

SANTIAGO.—Gracias, gracias. Para mí, en absoluto, indiferente.

RODRIGO.—Pues, en ese caso, le voy a hacer el amor al galope.

SANTIAGO.—Allá usted.

RODRIGO.—Es muy guapa, me gusta y además me coge en un año muy necesitado...

SANTIAGO.—Ya le sobran a usted razones.

RODRIGO.—Pues decidido.

ESCENA IX

DICHOS. *El teniente coronel DON PRUDENCIO, el capitán MATÍAS, el primer teniente GONZALO y el SARGENTO, por el foro.*

TENIENTE CORONEL.—Hola, señores.

(Todos saludan militarmente.)

RODRIGO.—Ya he ido a saludar, pero estaba vistiéndose.

TENIENTE CORONEL.—Aguardaremos.

RODRIGO.—No creo que haya otro remedio.

SANTIAGO.—¿Pondré centinela aquí?...

TENIENTE CORONEL.—Claro. Y mándele usted que salude cuando pasen las señoras. Eso las conmo verá.

MATÍAS.—Y de conmo verlas se trata.

TENIENTE CORONEL.—Pero cuidado, ¿eh?

SANTIAGO.—¡Sargento!

SARGENTO.—¿Mi capitán?

SANTIAGO.—En esa casa se aloja el señor Teniente Coronel. Ponga usted ahí la guardia.

SARGENTO.—Muy bien. ¿Qué más?

SANTIAGO.—Nada.

(Se aleja.)

SARGENTO.—(¿Por esto no voy al calabozo?... ¡Bendito sea Dios!)

(Mutis por el foro.)

TENIENTE CORONEL.—Aunque no temo que ocurra nada, sin embargo, no deje usted de colocar escuchas.

SANTIAGO.—Confíe usted, mi Teniente Coronel.

TENIENTE CORONEL.—Ya lo sé.

ESCENA X

DICHOS: SEBASTIANCITO, *de la casa.*

SEBASTIANCITO.—(Muy miope. A don Rodrigo, dándole la mano.)—¡Mi Coronel!...

RODRIGO.—Está allí.

SEBASTIANCITO.—Dispense. (A Santiago.) ¡Mi Coronel!

SANTIAGO.—Es el señor.

SEBASTIANCITO.—Dispense. (Abrazándole.) ¡Mi Coronel!

TENIENTE CORONEL.—¿Quién es usted?...

SEBASTIANCITO.—Sebastián Díaz. Sobrino de

doña Isabel Deloria, por parte del marido, que era un tío mío, y así me hizo sobrino de ella.

TENIENTE CORONEL.—Muy bien.

SEBASTIANCITO.—Soy un entusiasta del ejército, y en cuanto supe que llegaban ustedes, vine escapado de Pamplona para que ustedes me manden.

TENIENTE CORONEL.—Muchas gracias. Y si le gusta la carrera, ¿por qué no es usted militar?...

SEBASTIANCITO.—Por las matemáticas, que las tengo tirria, y por los calabozos, que me dijeron que hay ratas.

RODRIGO.—Sí que las hay.

SEBASTIANCITO.—¿Ve usted?... Pero me sé las Ordenanzas al dedillo; pregúnteme usted algo, pregúnteme usted.

TENIENTE CORONEL.—Basta su palabra.

(El Cabo García y tres soldados vienen por el foro con el Sargento, dejan un centinela y se van retirando de izquierda a derecha.)

SEBASTIANCITO.—Si no fuera por esos inconvenientes, estaba yo en una Academia, que toda mi ilusión es llevar el uniforme y cumplir

el servicio. ¡No hay en el mundo nada más hermoso que mandar tropas, comprendiendo la enorme responsabilidad que sobre uno descansa! ¡Estar a merced de la voluntad de uno de los movimientos la libertad y la vida de tantos hombres!... ¡Y saber que a mi voz habrían de obedecerme ciegamente!... Que se me ocurría mandar...

(Dando en voz alta las voces de mando.)

Centinela... ¡Apunten por derecha!... ¡Fuego!...

(El centinela obedece y dispara. Los oficiales, que escuchan burlescos, rodeando a Sebastián, salen corriendo hacia donde están los soldados. Sebastián y el centinela se miran inmóviles y estupefactos.)

SARGENTO.—¿Nadie?

CABO.—Nadie, nadie.

SARGENTO.—No hay ningún herido, no.

TENIENTE CORONEL.—Quite usted a ese bruto de ahí y ponga usted otro.

SARGENTO.—Como éste no queda.

TENIENTE CORONEL.—¡Otro centinela, Sargento! Y a éste apúntele usted diez días de calabozo.

SARGENTO.—(Este ya llegó a Pamplona.)

(Cambia el centinela y mutis con el Cabo García y los soldados por el foro derecha. Santiago con ellos.)

TENIENTE CORONEL.—¿Qué ha hecho usted, hombre?

SEBASTIANCITO.—*(Todavía espantado.)*—¿Ha muerto alguien?

TENIENTE CORONEL.—No.

SEBASTIANCITO.—¿Me van a matar a mí?

TENIENTE CORONEL.—No.

SEBASTIANCITO.—Pues yo pagaré el gasto de la bala, y dispensen ustedes el ruido.

TENIENTE CORONEL.—Pero le aconsejo a usted un poco más de calma, que estas bromas, suelen salir muy de veras.

SEBASTIANCITO.—Dispéñeme.

ESCENA XI

EL TENIENTE CORONEL, RODRIGO, MATÍAS, GONZALO y SEBASTIÁN; ISABEL, PEPITA y la CONDESA DE SIETECASAS, *del jardín.*

ISABEL.—¿Qué ha sido eso?

TENIENTE CORONEL.—Nada, señora. ¿Se asustó usted?

ISABEL.—No.

SEBASTIANCITO.—¿Me permites que haga las presentaciones? Mi tía Isabel; Pepita Jiménez... casada, y el marido fuera; la Condesa de Sietecasas, viuda, así como suena, viuda... Mi querido amigo el Coronel... *(Abrazándole.)* ¿Cómo se llama usted, mi querido amigo?

TENIENTE CORONEL.—Prudencio Pacheco.

SEBASTIANCITO.—Prudencio Pacheco. ¿Comprendes, tía?

ISABEL.—Sí, eso lo comprendo.

SEBASTIANCITO.—Y todos esos son oficiales...

TENIENTE CORONEL.—Rodrigo Huertas, Matías del Alamo y Gonzalo Charras...

ISABEL.—Muchas gracias, señor Coronel, por haber aceptado mi hospitalidad de una noche.

TENIENTE CORONEL.—Y demás. Nosotros muy complacidos.

ISABEL.—Y le ruego que autorice a todos los caballeros oficiales para que honren mi casa.

TENIENTE CORONEL.—Irán todos, salvo el que esté de vigilancia, naturalmente.

ISABEL.—A ese, ¿me permitirá usted que le envíe una copa de champagne y unos emparedados?

TENIENTE CORONEL.—Sí.

ISABEL.—Les ofrezco una cena modestísima y un rato de baile y de buen humor. El que traiga penas que las deje a la puerta: no se admiten.

TENIENTE CORONEL.—Prueba de que usted no las tiene.

ISABEL.—Y si las tuviera, de que sé rechazarlas.

MATÍAS.—Es usted preciosísima, Condesa.

CONDESA.—¿Ísima?

MATÍAS.—Sí.

CONDESA.—Aunque rebajemos, siempre quedará algo...

RODRIGO.—Pepita, la adoro a usted.

PEPITA.—¿Ya?

RODRIGO.—Sí, señora. Marcharemos de madrugada. Si anochecido no empiezo a idolatrarla a usted, no va a quedarme tiempo para que usted se convenza.

PEPITA.—Usted tiene gana de bromas, señor Teniente.

RODRIGO.—De bromas, sí, señora... Pero también tengo ganas de algo serio..., aunque sin esperanza.

ISABEL.—Comeremos a las nueve. Tienen ustedes una hora por suya y los cuartos preparados.

TENIENTE CORONEL.—Gracias.

ISABEL.—¿Quiéren ustedes entrar?

TENIENTE CORONEL.—Vamos, señores.

(El capitán Matías da el brazo a la Condesa, y mutis por la casa; Rodrigo y Gonzalo ofrecen el brazo a Pepita.)

RODRIGO.—Usted ha llegado primero y no le privo de ese placer.

(Unas cortestas, y al decidirse Gonzalo a dar el brazo.)

Me parece que le llama a usted el Teniente Coronel.

GONZALO.—*(Yendo.)*—¡Mi Teniente Coronel!

TENIENTE CORONEL.—¿Qué? No he llamado; nada, muchas gracias.

RODRIGO.—*(Que ya está del brazo con Pepita cuando vuelve Gonzalo.)*—¿No había llamado?

GONZALO.—*(Secamente.)*—No.

RODRIGO.—*(Cediendo el sitio.)*—Pues de usted es el sitio.

PEPITA.—Iré en medio, si no hay inconveniente.

RODRIGO.—En medio, en medio. Es lo indicado siempre.

(Mutis por la casa los tres.)

TENIENTE CORONEL.—No puede usted imaginarse lo que yo deseaba una ocasión de hablar con usted.

ISABEL.—Hoy tendrá usted las que guste, y además yo las facilitaré.

TENIENTE CORONEL.—¿De veras?

ISABEL.—¿Por qué no? En la seguridad absoluta de que usted no ha de llevar la conversación adonde yo no pueda seguirla.

TENIENTE CORONEL.—¿Hay vedado?...

ISABEL.—Sí. Pero con la discreción de usted no se necesitan avisos ni carteles.

TENIENTE CORONEL.—Soy discreto, lo reconozco; pero a veces no me reconozco a mí mismo.

ISABEL.—No será preciso; si lo fuera, yo me encargo de recordárselo.

SEBASTIANCITO.—Cumpliremos las órdenes de mi tía: «En cuanto hable dos minutos seguidos con una persona, acércate.»

(*Aproximándose.*)

¡Qué satisfacción la de verlos a ustedes por aquí, mi Coronel!

ISABEL.—Se vuelve loco por el ejército.

TENIENTE CORONEL.—Es lástima.

ISABEL.—¿El qué?

TENIENTE CORONEL.—Que la locura le dé al sobrino solamente.

ISABEL.—Vamos, vamos, que tengo más gente en casa.

(*Mutis los tres por la casa.*)

ESCENA XII

SANTIAGO, *por la derecha; luego, SARGENTO, por foro, y luego el CABO GARCÍA, por el foro también.*

SANTIAGO.—(*Viendo alejarse a Isabel.*)—¡Muy risueña val... ¡Y yo soy tan cándido y tan torpe que aún siento emoción por escuchar su voz a lo lejos!...

SARGENTO.—¿Habla solo?... ¡Malo!... Habrá que andar en un pie.

CABO.—Mi Sargento...

SARGENTO.—¿Qué ocurre, Cabo García?

CABO.—¿Da usted licencia para un paseito? He visto en la ventana una mujercita que se ha reído cuando yo pasaba.

SARGENTO.—¿Y qué?

CABO.—Y una mujer que se ríe cuando uno pasa, a lo mejor no se ríe cuando uno se queda.

SARGENTO.—Bien pensado.

CABO.—Es de la imaginación que tengo. ¿Da usted permiso?

SARGENTO.—Vete.

CABO.—¡Olé los superiores!

SARGENTO.—Y avisa si ves dos.

CABO.—Puede que las haya, que la casa es grande.

(*Mutis el Cabo por el foro.*)

ESCENA XIII

SANTIAGO y el SARGENTO.

SARGENTO.—¡Mi capitán!

SANTIAGO.—(*Brusco.*)—¿Qué?

SARGENTO.—(*Espantado.*)—¡Jezuz!

SANTIAGO.—(*Más suave.*)—¿Qué?

SARGENTO.—¿Habrá inconveniente en que los hombres se distraigan un poco?

SANTIAGO.—No.

SARGENTO.—¿Lo digo?

SANTIAGO.—Sí. Pero sin cantos ni algazara, ¿eh? Al primero que chiste...

SARGENTO y SANTIAGO —(*A un tiempo.*)—¡En cuanto lleguemos a Pamplona!...

SARGENTO.—¡Perdón, mi capitán!

SANTIAGO.—(*Vacilando entre incomodarse o reirse dulcemente.*)—¿Estoy de muy mal humor, Sargento?

SARGENTO.—El zoplido es de eso, si, señor.

SANTIAGO.—Y vosotros no tenéis la culpa.

SARGENTO.—Que zepamos, no señor.

SANTIAGO.—Al que ahora castigue, en cuanto lleguemos a Pamplona le perdonaré. Anda, di que se diviertan como puedan.

SARGENTO.—Mi capitán, ¿me deja usted decirle que es usted muy bueno?

SANTIAGO.—Por bueno me pasan tantas cosas malas.

SARGENTO.—Eso es del Cabo García.

SANTIAGO.—¿Eh?

SARGENTO.—Lo que usted ha dicho, que parece del Cabo García por lo rematado que está y por la sentencia que lleva dentro.

SANTIAGO.—Bueno, bueno, vete.

(*Mutis el Sargento por el foro.*)